



RETRATO DE LA MADRE DE RAFAEL

POR UN PINTOR DESCONOCIDO.

Esta linda figura, cuya casta espresion y suaves contornos solo ha sabido indicar imperfectamente un pincel poco diestro, ¿es en efecto el retrato de la madre de Rafael? La tradicion no lo asegura, pero quisieramos creerlo, porque nos complacemos en observar en ese rostro un destello de aquella gracia ideal de las admirables composiciones que han inmortalizado el nombre de Sanzio. Tal vez se acordaba en sus sublimes sueños de aquella que habia velado como un ángel para guardar su infancia. Tal vez su madre se habia convertido en uno de los primeros tipos de esas cabezas virginales que tanto embellecen sus divinos cuadros. ¿Por qué no hemos de imaginar que la que le dió el ser, fué tambien su inspiracion, y que el gran pintor llegó á empaparse en el sentimiento de lo bello, contemplando las tiernas miradas de la hermosa italiana que se inclinaba sobre su cuna?

Uno de los puntos mas curiosos de las biografias de los hombres célebres, es el que se refiere á las primeras impresiones del corazon y de la inteligencia, á las diversas causas que, sin contar muchas veces con su voluntad, han obrado sobre sus cualidades naturales, dando impulso á su carácter: cuestion moral es esta muy ardua, muy interesante y fecunda en resultados. ¿Cuántos habrán escitado la admiracion del mundo, tan solo por haber sabido espresar los sentimientos, las ideas de una madre, de una hermana ó de una esposa! ¿Gran libro el de la historia secreta de la imaginacion, estudiada en las puras y modestas influencias de la familia! Pero es un manantial profundo que siempre permanece ignorado!...

Para unos ha existido en el interior de sus familias, en sus tradiciones hereditarias, ó en las ocupaciones de sus padres, un móvil, que solo andando el tiempo han podido adivinar, pero que sin duda dirigia insensiblemente sus primeros pasos en la carrera de la vida. El padre de Rafael era pintor, un pintor mediano en verdad, pero bondadoso, honrado, sensato y muy activo: la continua perspectiva de sus pinceles y de sus colores, no contribuyó poco sin duda á la vocacion de su hijo. Sin citar muchísimos ejemplos antiguos y modernos, el padre de Thorwaldsen era cincelador, y el ilustre escultor dinamarqués se ejercitaba desde muy jóven en modelar, á la sombra de las miradas paternales, figuras de ninfas y de tritones para los buques. Johnson, hijo de un encuadernador, ¿no adquirió en el mostrador, donde se reunian tantas obras diferentes, ese gusto á la lectura que le convirtió en autor tan elocuente y erudito? Gesner tambien tuvo la dicha de abrir los ojos en las orillas del lago encantador de Zurich, entre los libros que se aglomeraban en la imprenta y en la librería de su padre. Goethe, á quien la fortuna nada quiso al parecer negar de todo cuanto anhela con mas vehemencia la ambicion humana, tuvo en su infancia tres guías inteligentes, tres grandes apoyos: su abuelo, individuo de la alta magistratura, grave dignatario; su padre, hombre de carácter firme, reflexivo y metódico, que le hacia seguir religiosamente sus estudios; y su madre, que endulzaba con la ternura de sus consejos la severidad sistemática de las lecciones paternales.

Muchos autores, muchos artistas han nacido en una condicion que

16 DE NOVIEMBRE DE 1851.

los condenaba á la mas vulgar existencia. Burus, hijo de un humilde arrendador; Bloomfield, hijo de un sastre; Kirke White, hijo de un carnicero; Hogg, el pastor de Escocia; Vondel, uno de los mejores poetas holandeses, pobre mercader de gorros; Hans Sachs, el zapatero de Nuremberg; así como muchos poetas del norte, Holberg, Baggesen, Ewald, Andersen y Vitalis, se encontraban al principio de su carrera sin fortuna ni apoyo. Sus almas se enardecieron, fortificándose despues en la lucha contra las dificultades materiales de la vida; pero no pocos hallaron en las lecciones de la casa paterna una compensación de los rigores de la suerte, como sucedió á los hijos de los pastores ó vicarios protestantes; en Inglaterra Young, Thomson, Goldsmith y Coleridge; en Alemania Lessin, Burger, Jean-Paul y Herder, hijo de un maestro de escuela, y en Suecia Dalin, Stagnelius, y el sabio Lineo.

Este estudio nos conduciría á otro sumamente curioso, cual es el de observar las diversas ilustraciones que se relacionan, por los lazos del parentesco, con la obra mas eminente y el nombre mas distinguido, como los brazos de un mismo tronco con la mas corpulenta rama. Parece que en ciertas familias existe una especie de fluido intelectual, un sueño común que se dilata entre muchos miembros de la misma raza, entre los padres, los hijos y los hermanos, y que baja debilitándose ó fortificándose de una generación á otra. Numerosos casos se nos ocurren, sacados de las ciencias, de la pintura y de la poesia; mas para dar á estas indicaciones toda la importancia que merecen, y para deducir todas las consecuencias morales, sería muy poco un artículo, pues se necesitaría escribir algunos tomos.

EL AMOR DE LA CASTELLANA.

LEYENDA.

Existe cerca de Aranda una pequeña aldea llamada Montejo, que aunque no conserva de lo que fué sino el nombre, goza el viajero una cierta dulzura al contemplarla.

Nada mas pintoresco que las escarpadas cimas que por todas partes la circundan: nada mas humilde que el manso riachuelo que besa su planta retratándola en sus cristales. Cuando al finar el día oculta el sol su fulgente faz para ir á lucir en otro hemisferio; cuando la campana de la iglesia anuncia el toque de oraciones, mientras el anciano pastor guía con paso tardo las ovejas al aprisco, entonces se goza allí un encanto indefinible; porque á esa hora mágica en que las flores cierran sus matizadas corolas enviando á Dios su último perfume, á esa hora solemne en que la plegaria del inocente sube hasta el trono del Altísimo, tan pura como el incienso quemado en sus altares, hay en la pequeña aldea una calma tan apacible, una tranquilidad tan deliciosa, que hacen olvidar al alma sus pasados sufrimientos para pensar en un risueño porvenir.

Era una serena tarde de agosto de 18... cuando cansado por la fatiga de la caza me retiraba á mi humilde morada mas temprano de lo acostumbrado. La brisa embalsamada por el blando perfume de las flores que vegetan en las desigualdades de aquellas empinadas montañas, hacia ondular mis cabellos refrescando mi acalorada imaginación. Solemne era el silencio que en mi derredor reinaba, solo interrumpido por el graznido de las águilas que se albergan en las concavidades de aquellos descarnados peñascos.

Deseando descansar un instante antes de bajar la rápida pendiente que tenía que atravesar para llegar á Montejo, me dirigí á las ruinas de un antiguo castillo, pálido esqueleto de lo que otros días fué, en cuyas inmediaciones triscaban alegres, como blancos copos de nieve, una porción de ovejas que apacentaba un anciano pastor.

—Bien venido seáis, me dijo el viejo cuando me hube acercado.

—Dios os guarde, anciano, le respondí con respeto, entablado despues una conversacion indiferente que él trató de cortar al poco rato, disponiéndose á marchar.

—Paréceme, le dije, que hoy conducís muy temprano las ovejas. ¿No veis que acaba de ponerse el sol?

—Ciertamente, repuso, que otro día estaría aquí mucho mas tiempo; pero hoy no permanecería en estas ruinas por todo el oro del mundo ni un solo minuto despues de anoecer; sin duda, vos ignorais la historia de la señora de este castillo; y si quereis que bajemos al pueblo juntos, os la referiré en el camino; pero antes, venid. Y el anciano me mostró un lienzo de pared donde se percibía una abertura que en otros tiempos debió ser la de alguna ventana ogiva, á juzgar por la oscura forma que aun conservaba.

—¿Veis, me dijo, esa ventana, y este hoyo que está aquí á nuestros pies donde crecen esas flores amarillas? Pues entre una y otra se encuentra una historia triste, muy triste.

Entré en curiosidad, y me puse á contemplar aquellas masas informes que en otro tiempo habían sido las murallas de aquel derruido edificio. Todo en él era melancólico, todo tenía un cierto tinte de

tristeza que yo no podía explicar: me parecía ver al través de sus gruesas paredes una porción de descarnados esqueletos que pasaban ante mí sonriendo, y desaparecían en la inmensidad del espacio. Y en medio, alzándose altiva, cubiertas de batista sus arrogantes formas, á la hermosa Castellana, causa quizá de tantos desastres como yo en aquel momento me figuraba,

Así hubiera pasado largo tiempo, á no haberme interrumpido la voz de mi anciano compañero, de cuya boca anhelaba ya saber la historia de la señora del castillo.

—Cuando gustéis; me dijo, disponiéndose á marchar.

—Vamos, le repliqué, empezad vuestra historia.

Y el pobre pastor despues de un momento de silencio que empleó en coordinar sus recuerdos, comenzó lo que vamos á referir de la manera siguiente:

A mediados del siglo XV habitaba ese viejo castillo un noble caballero llamado D. Alfonso Pimentel, que habiendo gozado en la corte por largo tiempo del favor de D. Juan II, había sido desterrado de ella por las intrigas de D. Alvaro de Luna.

Casado hacia ocho años con una muger tan hermosa como pura, pasaba tranquilamente su vida en la soledad de su triste morada, sin cuidarse de lo que pasaba fuera de sus muros.

Siempre sombrío, siempre meditabundo, ni aun tenía una caricia para su triste esposa, que se aburría en aquella solitaria mansion. Doña Luz, que así se llamaba la jóven castellana, era una de esas criaturas hermosas que solo puede concebir la mente de un poeta.

No es el mármol de Paros tan blanco como su transparente cutis; no es tan roja la amapola húmeda por el rocío, como lo eran sus graciosos labios; y si á esto se añade una blonda cabellera cayendo perfumada sobre su nacarada frente, podeis formaros una pequeña idea del precioso conjunto de aquella divina criatura.

Pero ¡ay! tan desgraciada como hermosa, pasaba la solitaria existencia pensando en los encantos de su vida pasada, entregando su ardiente imaginación á la idea de un sombrío porvenir.

¿Quién no la hubiera compadecido al verla en las altas horas de la noche reclinada muellemente en el alfeizar de la gótica ventana, contemplando el argentado disco que resbalaba tranquilo en la bóveda celeste, mientras un raudal de lágrimas inundaba sus pálidas mejillas? Y sin duda hubo quien la compadeciera; sin duda hubo quien comprendiera los sentimientos de su corazón; porque una noche, cuando ya la aurora iba á mostrar su rosada frente, sintió al pié de su ventana el trotar de un brioso corcel, mezclado con el crujir de una férrea armadura, mientras una voz bien conocida para ella pronunció un «doña Luz» tan apasionado, tan tímido, que la Castellana no tuvo bastante fuerza para desoirle abandonando la ventana.

—¡Luz mia! volvió á repetir el apasionado mancebo que á sus pies levantaba la visera de su casco.

—¿Qué me quereis? respondió la Castellana dejando escapar un ardiente suspiro que el jóven tuvo buen cuidado de recoger.

—Veros, hablaros, volveros á contar mi pena, volver á deciros que os adoro.

—¡Callad, loco, callad; sois un niño, y como tal os dejais llevar del ardor de las pasiones.

—No, doña Luz, porque os amo há mucho tiempo, repuso el enamorado galán; pero ¡ay! vos no creéis en la pureza de mis sentimientos, no comprendéis ese fuego santo que arde en mi corazón por vos, solo por vos: si le comprendierais...

—Si creyera en vuestra pasión, dijo la Castellana interrumpiéndole, si comprendiera ese fuego santo que vos decís arde en vuestro corazón «huid» os diría, D. Juan, separaos de mí para no volvernos á ver jamás, porque temería que los dos nos abrasáramos en ese fuego; pero por nuestra dicha no os creo. Sois muy jóven, y yo ya he perdido las ilusiones de la juventud. Sois galán, sois valiente; buscad en el mundo la felicidad que yo no os puedo dar; mil corazones hallareis que os adoren mas que os puede adorar el mío; además, que viejo y seco, ¿qué podría ofreceros que os hiciese dichoso?

—¡Cruel! repuso vivamente el mancebo, cómo os gozáis en mi suplicio! hablarme á mí de felicidad es como hablarme á un ciego de la luz. ¿Y vos me decís que sea dichoso? Sin duda no teneis corazón, no sabeis lo que es sufrir.

—Si sintierais como pintais, D. Juan, exclamó sonriendo doña Luz, debierais ser muy desgraciado; pero sois buen trovador, y acaso ahora estareis pensando en componer alguna trova.

Herido el caballero en lo mas profundo con aquellas palabras, nada respondió; bajó la calada visera de su acerado casco, pronunciando un «¡adiós!» tan enamorado, que hasta las flores abrieron sus corolas para recibirle: partió al galope por aquellas escarpadas cimas.

Doña Luz le vió marchar, y no pudo contener una triste lágrima que resbalando por su mejilla fué á estrellarse en su mano de alabastro. No le amaba, quizá porque entre él y ella se levantaban sus deberes de esposa como una valla inespugnable; pero le compadecía:

por eso le siguió con la vista, mientras que pudo percibir el rielar de la luna sobre su luciente armadura; por eso en su imaginación vio grabada entonces la imagen de D. Juan, siempre tan galante, tan hermosa.

Muchas noches pasaron en las que el enamorado caballero vio asomar el alba al pie de la ventana de su amada; muchas en que las gacías flores al recibir el beso de la brisa matinal escucharon la tierna despedida de D. Juan y doña Luz: pero siempre vieron al que partía dejar aquellos sitios sin haber escuchado una palabra de consuelo; en todas ellas vieron á la que quedaba dejar la ogiva ventana con el corazón desgarrado y las lágrimas en los ojos, porque amaba ya como no había amado nunca; aunque la voz de sus deberes sofocaba la del corazón.

Llegó un día en que apenas el sol había ocultado sus rayos tras de las esquinadas crestas de Somosierra, y D. Juan paseaba impaciente sobre un gallardo alazan, al pie de las ventanas de doña Luz, y sin duda ansiaba verla, á juzgar por la impaciencia de su ovalado semblante; pero no todo se le presenta al hombre de color de rosa; doña Luz no pareció. Pasó una hora, se deslizaron dos, tres; llegó la reina de la noche á la mitad de su carrera, y sin embargo el enamorado galán aun no había podido ver su faro de esperanza.

¡Oh! para quien ama con la abnegación que presta el primer amor de un niño y contando los momentos por las pulsaciones del corazón, espera que llegue el deseado en que poder ver al ángel de sus amores; para el que una noche y otra y mil jura una pasión eterna al ser que adora con delirio, sin poder escuchar ni una palabra de consuelo de sus coralinos labios ¡ay! para ese cada instante que pasa es la eternidad entera, porque lucha entre el amor y la desconfianza, porque la cabeza entrevé un horizonte de esperanza, que rechaza el corazón, y en esa lucha sorda, desgarradora, entre el corazón y la cabeza, aquel se gasta, haciendo que odie la vida el desgraciado ser que pasa tales sufrimientos.

—Tal le sucedía á D. Juan la noche que referimos; pensando que quizá en ella podría obtener alguna esperanza de consuelo, esperanza que no quería creer su corazón, veía con angustia cómo se deslizaban las horas sin encontrar en ninguna de ellas la calma que tanto necesitaba su acalorada imaginación.

—Esto es hecho, se dijo, esa muger que yo creía tan pura como hermosa, ha estado jugando con mi pobre corazón como lo haría con sus halcones: acabemos; mañana cuando se asome al alfeizar de su pintada ventana, cuando vengan las aves á acariciarla con su canto, verá á sus pies el cadáver del que tanto la ha amado, y entonces no dudará del cariño del pobre loco.

Quedó un momento pensativo, sacó la daga que pendía de su cintura, y con una calma estoica estuvo contemplando si su punta estaba bastante aguzada para acabar la obra de un solo golpe; buscó en su cuitado pecho el sitio donde con mas violencia latía su corazón, y á él dirigir la punta de su homicida instrumento. Pero en el momento en que la mano apoyaba en el pomo de su daga, la voz de Doña Luz vino á herir su oído haciéndole retirar el aguzado hierro.

—¿Qué haciais? le dijo con su dulce voz.

—Nada, señora, me disponía á no molestaros mas.

—¡Bais á mataros! exclamó horrorizada la Castellana.

—Sí, doña Luz, sí, porque ya me cansa la vida, que nada me trae mas que sufrimientos.

—¿Y si yo dijera que os amaba?

—¡Oh! entonces, exclamó D. Juan arrebatado, viviría porque sería feliz: ¿pero á qué hacermé concebir sueños que no habeis de realizar? ¿Por qué me decís esas palabras que no las siente vuestro corazón, y que al mío le proporcionan la calma el tiempo que dura el pronunciarlas?

—Callad, don Juan, me haceis mucho mal, repuso la Castellana: si yo pudiera persuadirme de que vuestro amor ha de ser tan duradero como decís, entonces...

—Entonces ¿que? Concluid.

—Os amaría, D. Juan, os amaría.

—Pues bien, exclamó el enamorado caballero; fijadme un plazo, y si al cabo de él veis que mi pasión no es tan grande, tan sublime como en este momento, olvidadme; pero si por el contrario veis en mí entonces tanta abnegación como ahora, me amareis: ¿no es verdad?

—Me habeis pedido un plazo, dijo doña Luz interrumpiéndole: pues bien, voy á fijarle para dentro de diez años.

—Diez años! dijo D. Juan dando un paso atrás horrorizado: por fin si dijerais diez días, y aun sería mucho para el que sufre tanto como adora; pero escuchadme: estamos á principios de agosto; si al finar el año no ha concluido mi pasión, volveré á contaros mi penas y entonces no me desdenareis.

—¡Loco! exclamó doña Luz sonriéndose enamorada al ver la gran pasión del mancebo, marchaos, es hora ya de que nos separemos.

—Adios hermosa, adios, decía don Juan lleno de júbilo, estrechando entre las suyas la mano de su querida; ¿me permitís que mis labios la profanen?

Doña Luz en un principio se negó; pero ¿qué muger no accede á una petición tan pequeña cuando tiene delante de sí una pasión tan grande? Así que, el enamorado caballero pudo estampar en aquella mano de alabastro el beso mas ardiente que nadie puede concebir. Los dos se separaron dementes de alegría, locos de felicidad; él al recordar las consoladoras palabras que había escuchado aquella noche; ella al admirar lo grande, lo sublime de la pasión del mancebo.

Mientras estas escenas pasaban en Montejo, ocurrían en la Vega de Granada otras no menos interesantes que hacían temer al débil rey que se sentaba en el trono de Castilla una invasión sarracena. Los moros que ocupaban la ciudad bendita cuyos cincelados ajimeces se retrataban orgullosos en las aguas tranquilas del Genil y el Darro, robaban y talaban en sus continuas correrías las aldeas de su vega pertenecientes á los cristianos, sin que D. Juan II enviase á estos infelices un ejército amigo que castigase la osadía de los sarracenos. Cada día llegaban á los oídos del monarca mil noticias á cual mas tristes y desconsoladoras: ya el saqueo de alguna aldea, ya el incendio de alguna alquería, y sin embargo, D. Juan no tenía bastante fuerza para mandar se dispusiera un ejército que reprimiese la osadía de la morisma; y acaso no se hubiera decidido á levantar su voz, si el condestable D. Alvaro de Luna no le hubiese impedido á ello. Por su consejo ordenó se aprestase un ejército al mando de sus mejores capitanes, entre los que se contaba el que á doña Luz rendía sus amores.

Apenas este supo que tenía que partir, quizá para morir en el ardor de la pelea, abandonó á la ciudad de Valladolid la víspera del día en que de ella debían salir los tercios castellanos, con objeto de dar el último adios á la señora de sus pensamientos.

Cuando llegaba al pie del empuinado cerro, cuya cima coronaba su castillo, la campana de la iglesia anunciaba el toque de oraciones, por lo que aun tuvo que esperar bastante rato antes de poder hablar á la hermosa Castellana.

No habría aun pasado una hora, cuando esta dejó ver sus arrogantes formas en el dintel de la ventana: pero cualquiera que de cerca la hubiera examinado, se hubiese sorprendido al ver la mate palidez que había invadido su semblante en los quince días que habían pasado desde el último en que la vimos. Si mas atrevido hubiese estrechado su torneada mano, se hubiera horrorizado al encontrarla sin vida, yerta cual la de un cadáver.

Esto le sucedió al caballero, cuando al ir á estampar en ella sus ardientes labios, la encontró tan blanca como la nieve, pero como ella también helada.

—¿Estais mala, doña Luz? exclamó asombrado.

—Sí, D. Juan, sí: hace quince días que me mata la calentura; me habeis abrasado el corazón, y sin embargo no puedo, no debo amaros; ¡qué desgraciada soy! —y la infeliz confundía la blancura de su semblante con la de su pañuelo, ocultando en él un raudal de lágrimas que le inundaba.

—Pues bien: huyamos de estos lugares; parlamos á otros donde podremos hallar el amor y felicidad que tanto necesitamos. Venid: la noche es oscura; puede favorecer nuestra fuga, y cuando el nuevo sol por el horizonte venga á tendernos sus dorados rayos, yo podré deciros sin temores que os adoro, y vos, doña Luz, podreis escuchar sin avergonzaros el lenguaje de mi corazón.

—D. Juan, decía la Castellana, callad por Dios, que me habeis destrozado el alma.

—Sí, callaré, doña Luz, decía el caballero con acento sombrío, callaré porque hoy nos separamos para siempre.

Aquellas palabras, que en otra ocasión acaso nada hubieran significado, hicieron levantar á la hermosa Castellana su cabeza, aterrorizada por el acento lúgubre con que el mozo las pronunció. Quizá penetraba el horrible pensamiento que en ellas se envolvía.

—¡Para siempre! exclamó; ¿qué me quereis decir?

—Nada, doña Luz, nada; que sin duda ignorais que mañana parto para la guerra de Granada, y ¡quien sabe si en ella hallaré la muerte que tanto anhelo!

—¿Anhelaís la muerte cuando se os presenta un porvenir lleno de gloria? D. Juan, estais loco.

—Y de qué me servirá esa gloria que vos decís, si nunca habeis de corresponderme!

—No puedo, D. Juan, no puedo.

—Decid mas bien que no quereis, señora, que os complacéis en mi tormento, y os creeré; pero yo que os adoro con delirio! yo que no puedo sufrir mas la pena que me devora, os digo que el nuevo sol no vendrá á alumbrar sino mi sepultura; ¡adios! doña Luz, proseguía desesperado; sed tan feliz, tan dichosa como desgraciado me habeis hecho.

—¡Cruel! repuso la Castellana, ni aun quiere compadecerme.
—Pues bien, señora, ¿por qué no me amais? replicó el impaciente mancebo.

Por toda contestación doña Luz le tendió su mano de alabastro, que él inundó de lágrimas y besos.

—Oídme, D. Juan, replicó después de un momento de silencio; partid á la guerra donde volvereis á recoger nuevos laureles; tomad este puñal, prosiguió entregando al caballero uno bien cincelado que pendía de su cintura; él velará por vos cual lo haría yo si estuviera á vuestro lado; y os juro por su cruz, que si hay algun hombre en el mundo á quien yo adoro, sois vos, solo vos; pero Dios sabe que no os correspondo por llenar los deberes que como esposa me impusieron al pié de los altares.

Si al volver de la guerra no encontrais á la que amabais, id á llorar sobre su sepultura; y yo os sonreiré desde el mundo de los que fueron.

Las lágrimas inundaban su ovalado semblante, ardiente por la calentura que la devoraba; D. Juan quiso hablar, pero sus palabras se ahogaron en su garganta, y solo tuvo bastante fuerza para acercar sus labios á los ardientes de la Castellana estampando en ellos un apasionado beso.

Doña Luz se retiró de su ventana con el corazón lacerado; y aun no había dado un paso en el pavimento de su habitación, cuando oyó al pié de ella un grito desgarrador como el del que deja de sufrir en este mundo de dolores. Miró, y á la pálida luz de la luna vió al infeliz mancebo que revolcándose en su sangre pronunciaba su nombre al exhalar el postrimer suspiro.

La infeliz no pudo resistir á tan tremendo golpe, y cayó desplomada en el pavimento; acababa de sucumbir á una convulsión nerviosa. Pocos momentos después el reloj del castillo anunciaba la hora primera del 16 de agosto.

Aquí concluyó mi compañero la historia que hemos referido.

Pero bien, le dije, ¿por qué no queréis permanecer en las ruinas de este antiguo castillo esta noche después de anocheecer?

Porque hoy es el 15 de agosto, es decir, el mismo día en que dejaron de existir D. Juan y doña Luz; y en este día, todas las noches á la misma hora en que concluyeron sus amores, se les ve aparecer en los aires, cerniéndose sobre las ruinas de este viejo edificio; ella vestida de blanco, rodeada de una aureola de fuego, él con el puñal de la Castellana clavado en el corazón. Así pasan orando, hasta que á la me-

dia noche desaparecen para no volver á presentarse hasta el año siguiente.

En el momento en que mi compañero acababa de hablar, volví la cabeza por un movimiento instintivo, y mis miradas se dirigieron maquinalmente al sitio donde el caballero y la Castellana habían terminado los días de su existencia.

Una figura aérea, vaporosa como la niebla matinal, y como ella sostenida en el espacio azul, vagaba errante sobre las informes ruinas de aquel castillo. Sus descarnadas manos en actitud suplicante quizá pedían á Dios el perdón de sus amores.

En pos de ella, y en sangre roja el acero de su armadura, se alzaba también suplicante la arrogante figura de un jóven guerrero.

Los dos oraban, los dos pedían á Dios quizá el término de su tormento.

SANTIAGO IGLESIAS.

FRAGMENTOS.

I.

Es el día mas hermoso de otoño; brilla el mar herido por los rayos del sol; cada gota de agua refleja, semejante á una chispa de diamante, una luz blanca y pura que la vista no puede soportar. Hombres, mugeres y niños abandonan la aldea y van llegando unos tras otros á los montecillos de arena, donde el clavel silvestre, mezclado al tomillo, exhala su perfume de clavo especia.

Armados de canastas, de redes, de palas y de largos palos que rematan en punta de hierro, esperan que la marea deje al descubierto la vasta playa y sus rocas, para recoger el rico botín, preparado por la Providencia, de voraces cangrejos, langostas de anchas y prolongadas bocas, gamaros, ostras y mariscos de todas clases.

Al anocheecer, cuando el flujo del mar se acerca semejante á un río hinchado por las lluvias, la alegre caravana vuelve á la aldea... pero no vuelven todos.

Embebida en sus pensamientos, una jóven permanece sobre una roca lejana. Al volver en su acuerdo, al abandonar sus sueños de amor y de felicidad, vé que las olas estrechan al peñasco con sus movibles lazos, y que suben... que se adelantan sin cesar. No hay en la playa un ser humano; no hay para la infeliz esperanza alguna.



¿Qué pasaba entonces en el alma de la doncella condenada á morir? Nadie lo sabe: es un secreto entre ella y Dios.

Al día siguiente se encontró su cuerpo. Había anudado á unas algas sus hermosos cabellos negros para que las olas no la arrastrasen, pues quería descansar en la tierra bendita de sus padres.

Una cruz de madera señala el sitio del cementerio donde reposa la

sin ventura. Otra jóven que fué su tierna amiga, se arroja allí todos los días, ora por ella, y henchido el corazón de tristes recuerdos, se retira después enjugando sus lágrimas.

II.

Padre mio, la faena es hoy muy penosa; la azada rebota en la

abrasada tierra; el sol arroja sus rayos de fuego, é impelido el viento del Mediodía, se arremolina el viento en toda la llanura.

Hijo mio, aquel que envía los vientos abrasadores, envía tambien las aguas de las preñadas nubes. Cada dia tiene su dolor y su esperanza; despues de la hornada, la comida.

Esas plantas languidecen, padre mio, y sus amarillas hojas se inclinan sobre el tallo, seco ya y casi marchito.

Ya se levantarán, hijo mio; ninguna yerba está olvidada; el de arriba siempre guarda, entre sus celestiales tesoros, lluvias fecundas y frescos rocios.

Padre mio, los pájaros enmudecen entre las ramas; inmóvil la codorniz, á pesar del surco que penosamente abrimos, no echa de menos á su pareja; la becerra busca la sombra, y el toro, con las patas replegadas bajo su cuerpo y el cuello tendido, dilata sus anchas narices para aspirar el ambiente que le falta.

Dios, hijo mio, volverá su voz á las aves, y á los toros y becerros sus fuerzas aniquiladas por este calor insufrible. Ya se desliza sobre la superficie del mar la brisa que debe reanimarlos.

Padre mio, sentémonos sobre los helechos, á orillas del estanque, al lado de esa vieja encina cuyas ramas flotantes acarician suavemente las aguas. ¡Qué tranquilas estan estas! ¡Qué transparentes! ¡Cómo juegan alegremente los peces! Unos persiguen á los pobres moscardones que apenas acaban de nacer; otros abren la boca y parece como que dirigen al aire un beso regalado.

Hijo mio, aquel que todo lo ha hecho, ha repartido por todas partes sus inagotables beneficios, así como la vida y sus placeres.

El mal es aparente, un lado oscuro del amor, una faz del bien, su sombra.

Sin embargo, padre mio, V. padece. ¡Cuánto trabajo, cuánta fatiga para subvenir á nuestras necesidades! ¿No es V. pobre? ¿No lo es tambien mi madre? Vuestro sudor me ha alimentado; pero ¿ha vivido V. un solo dia seguro del siguiente?

¿Qué importa el siguiente, hijo mio? El dia de mañana es de Dios: confiemos en él. El que se levanta por la mañana ignora si llegará á la noche. ¿A qué fin inquietarnos por un tiempo, por una hora que acaso no llegará? Nosotros atravesamos el suelo como la golondrina, buscando todos los dias la vida de todos los dias, y cuando se acerca el invierno, una fuerza misteriosa nos impele hácia otros climas mejores.

¿Qué es eso, padre mio? Parece un muerto envuelto en su mortaja ó un niño entre pañales...

Es un gusano, hijo mio, pero pronto será crisálida y luego mariposa de variados colores, que se perderá entre las nubes.

III.

Habia improvisado en medio del bosque un fuego con ramas secas, y sentado sobre el musgo, calentaba el pobre niño sus ateridas manos en la chispeante llama.

El humo, de color amarillento á impulso de los rayos del sol que se abrian paso entre las nubes, subia en espirales. El niño observaba sus ondulaciones progresivas, semejantes á las de una serpiente que se hincha y desarrolla sus anillos; el humo al fin se fué esparciendo



en cenicientos lienzos, y por último se disipó entre los vapores de la atmósfera.

Cesaron los cantos en el bosque, desaparecieron los insectos alados, brillantes de oro, de esmeralda y de azul, que llevaban de flor en flor sus aéreos amores; silencio sepulcral en todas partes; una tranquilidad espantosa; un color sombrío y uniforme.

Mustias las altas yerbas, blanqueaban sin poder sostenerse y formaban el sudario de la naturaleza sepultada.

De vez en cuando un débil soplo, que nacia y moria casi al mismo tiempo, barria las hojas secas. Inmóvil y pensativo el niño, escuchaba la voz del invierno; recogíala en su alma y en ella se perdía, como se pierden por la noche los suspiros de la soledad en la espesura de los bosques.

De vez en cuando tambien, una bandada de aves de lejanos climas pasaba por encima de su cabeza, lanzando chillidos semejantes á los aullidos de una jauría. Su vista la seguía por el espacio, y en sus vagas cavilaciones, se sentía arrastrado, como ella, á desconocidas regiones por un misterioso instinto y una fuerza secreta.

Niño; ya aspiras á llegar al término. Ten paciencia, porque Dios te conducirá á él.

IV.

En el fondo de una pequeña ensenada, bajo una escarpada ribera, agujereada en su base por las olas, entre unas rocas de las cuales colgaban largas algas de un verde blanquecino, dos hombres, jóvenes el uno y el otro ya anciano, aunque robusto, apoyados en una barca de pesca, esperaban la marea, que subía lentamente, apenas impedida por la brisa moribunda. Crecía junto á la barca por el obstáculo que esta presentaba, y dividiéndose las olas en su quilla, avanzaban sobre la arena con débil murmullo.

Poco tiempo despues se apartaba la barca de la orilla, y se metía en alta mar con la proa levantada y dejando por su popa una estela de blanquísima espuma.

El anciano observaba desde el timon las velas, que tan pronto se hinchaban, como se adherían á los mástiles, semejantes á las alas de una ave fatigada. Su mirada quería descubrir una señal en el horizonte ó en las nubes, y embébiéndose despues en sus propios pensamientos, revelaba su tostada frente una vida entera de peligros y de combates, sostenidos sin tregua ni descanso.

El reflujo abría en la mar tranquila inmensos surcos, en que se

mecia la barca, balanceándose con gracia sobre las brillantes olas. Los anfibios se arrojaban á ellas desde el aire, y el cuervo marino descansaba sobre la punta de una roca pelada.

El menor accidente, un ligero soplo, un rayo de luz, variaba el aspecto de aquella magnífica escena. El jóven, ensimismado, la contemplaba como en sueños; su alma flotaba al ruido de la marejada, semejante al monótono sonido que murmura la nodriza cuando aduerme al niño.

De pronto abandona su letargo, animanse sus ojos, y resuena en los aires su sonora voz:

«Al labrador los campos, al cazador, los bosques, al pescador el mar y las olas, los balances y las tempestades.

Sobre su cabeza el cielo, bajo sus pies el abismo; siempre es libre y no reconoce dueño.

¿Cómo obedece á su mano, cómo se lanza sobre las espumosas olas, la débil barquilla, animada por los frescos besos de la brisa!

El pescador lucha contra las ondas y las somete á su voluntad, lucha contra los vientos y los doma. ¿Quién es mas fuerte, quién es tan grande como él?

¿Dónde están los límites de sus dominios? ¿Los ha encontrado algun mortal? Dios le ha dicho señalando al Occéano: navega, todo eso es tuyo.

Sus redes recogen en el fondo del mar una cosecha viva: hay innumerables rebaños que se ceban para él en los feraces pastos que cubren los mares.

Flores de color de violeta, azules, amarillas, purpúreas, se abren en su seno, y para encantar su vista le ofrecen las nubes vastísimas playas, magníficos lagos azulados, grandes edificios y soberbias montañas, valles y ciudades fantásticas, ya adormecidas entre sombras, ya iluminadas con todos los resplandores del sol poniente.

¡Oh cuán dulce es la vida del pescador! ¿Cuán to me agradan sus costumbres y sus toscas alegrías!

Y sin embargo, madre mia, cuando el trueno hace retremblar nuestra cabaña durante la noche, ¿cuántas angustias destrozan nuestros corazones! ¿cuántas veces os levantais á invocar á la Virgen, divina protectora del pobre marinero!

De hinojos ante su imagen derramais lágrimas por vuestro hijo, arrojado por la tormenta en medio de las tinieblas, hácia los escollos en que se oyen las quejas de los que perecen entre los rugidos de la tempestad.»

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO XIV.

En que prueba Francisco sus conocimientos en la equitación.

—Mi amigo Luis se ha vuelto loco, decía Mendoza á la puerta del Parador, mientras Meneses heria los ijares de su caballo; pero me ha dado bien de comer, y del mal el menos.

—¡Pobre señorito! murmuraba el señor Fermin, parece que está muy enamorado de la señorita Magdalena. En cuanto á parroquiano no tiene precio: veinte y cuatro horas ha estado en la fonda, y me ha dejado ocho duros de utilidad. Con muchos huéspedes como este, pronto me haria yo millonario.

Luis seguia el camino de Francia, montado gallardamente sobre el mejor rocín de postas que habia pisado aquel camino; y Francisco lo seguia en un jaco, menos vivo que el de su amo, pero mucho mas duro de trote. Francisco no la habia echado nunca de gineté, porque era poco fanfarrón; pero bastaba verlo á caballo para conocer su esquisita teoría y mucha práctica en los ejercicios de equitación. Para él eran los dos estribos dos estorbos insuperables; y no sabiendo qué hacer de ellos, habia discurrido el ingenioso medio de pónerselos como grillos, de cuyo modo los llevaba. Cogió las riendas desiguales, de manera que la una colgaba, y la otra sumamente corta torcia el cuello de la pobre bestia; pero afortunadamente el jamelgo no hacia gran caso de la boca, y trotaba tras su compañero sin cuidarse de lo demás. Francisco no habia sospechado siquiera que la seguridad del gineté está en la rodilla, y buscaba la suya agarrándose con la una mano al borren de la silla, y con la otra á la hebilla de la baticola, lo que le hacia ir en guardia de florete.

Detuvo Meneses un momento la marcha de su cabalgadura, para pedir fuego á Francisco; y aprovechando este la ocasion, sin duda porque sabia que es calva, dijo á su amo:

—¿Qué interes tenemos, señorito, en llegar á Arechavaleta media hora antes ó una despues?

—¿Por qué me haces esa pregunta? repuso Luis, tomando el fósforo que le alargaba su criado.

—Porque estos caballos de postas tienen un trotecillo endiablado, que no me parece muy cómodo para despues de la comida; observó Francisco con una sonrisa tan donosa, que se la hubiera envidiado el mas ladino gracioso del mundo, para pedir una palmada á un público algo remolón.

—Es el caso, amigo Francisco, que estos rocines no tienen paso; pero en obsequio tuyo daré un escape, para variar el movimiento: y uniendo la accion á la palabra, hundió á un tiempo ambos acicates en los ijares de su jamelgo, y el pobre animal, que no esperaba tan brusca indicacion, dió un salto y partió al escape tendido. El rocín de Francisco no tenia talento de invencion, pero si poseia en alto grado el de imitacion: puede asegurarse que nunca se le hubiera ocurrido dar un brinco para correr; pero vió que lo hacia su compañero, y brincó. Francisco cayó de cabeza; pero como habia tenido la ocurrencia de ponerse los estribos por grillos, no pudo desprenderse de ellos, hizo un contrapeso muy superior á las fuerzas del pobre rocín, y juntos cayeron en tierra. A los tres ó cuatro minutos notó Luis que no le seguian; y como no tenia gran confianza en la agilidad de su criado, volvió riendas para informarse de lo que hubiera sucedido. No tardó mucho en encontrarse en el lugar de la tragedia, y á la dudosa luz del crepúsculo vió el grupo que formaban Francisco, el caballo y el mulero que llevaba los equipajes.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Luis, adivinando la catástrofe y reprimiendo mal la risa.

—Qué ha de ser! que el hombre y el caballo estan hechos una pelota; repuso el mulero, lanzando una sonora carcajada. Francisco no respiró siquiera.

—¿Si se habrá desnucado? pensó Luis, tomando el asunto por lo serio y descabalgando al instante.

Luego que formó parte del grupo, vió Meneses que el buen Francisco suspiraba y gemia, y vió tambien la diabólica traza que se habia dado para enredarse en los estribos de una manera tan estraña. Procuró desenredarle el pié derecho; pero solo pudo conseguirlo cortando las correas: levantó en seguida al rocín, y Francisco quedó colgado del pié izquierdo, hasta que Luis hizo lo que acababa de hacer momentos antes con las correas del estribo derecho, dejando libre á su criado.

Cuando pudo respirar Francisco con entera libertad, lanzó un gemido cien veces mas ronco que cuantos habia lanzado antes; pero no hizo el menor esfuerzo para levantarse: Meneses, aunque alarmado todavia, creyó que podria prestarle aliento con una fingida severidad, y le dijo:

—Vamos á ver si te levantas, que estamos perdiendo mucho tiempo.

—El que cae como yo, señor, no se levanta por sí mismo: murmuró Francisco sin moverse.

—¿Pues cómo has caido, y qué te has hecho? preguntó Luis con ansiedad.

—Usted habrá visto caer muchas veces al Pelón, al Habanero, á Varillas, y á toda esa turba de tumbones que ponen varas á los toros en la plaza de Madrid.

—Los he visto caer muchas veces; pero nada de ello hace al caso.

—Y tanto como hace; porque ninguno de esos bribones ha pegado en toda su vida una costalada que se parezca á la que yo acabo de dar.

—Pero tú habrás visto, Francisco, que esos tumbones se levantan dando palmadas.

—Algunas veces sucede así, pero otras muchas los llevan á la enfermeria.

—Aquí no tenemos enfermeria: dijo Luis, echando una mirada en torno; y como sospechara que Francisco no tenia hueso roto, en cuyo caso hubiera chillado mucho mas, añadió:

—Y si no quieres levantarte dando palmadas, tendré que dejarte en donde estás.

—Haré cuanto pueda, señorito: dijo el caido, incorporándose sobre el codo.

—Dame la mano, y prueba á levantarte pronto.

Francisco dió la mano á su amo; hizo un esfuerzo, y se encontró de pié; pues aunque enteramente magullado, no se habia roto ningun hueso, ni dislocado ningun miembro.

—Ves cómo no te has hecho daño? dijo Meneses, recobrando su tono festivo y zumbón.

—Le parecerá á V., señor; pero le aseguro que estoy dolorido, acardenalado, y qué sé yo cuántas cosas mas.

—Te digo que no tienes nada, y que estamos perdiendo el tiempo. Monta á caballo....

—¡Jamás, señor! exclamó Francisco alejándose del pérfido rocín, que tan mal parado lo habia puesto.

—¿Cómo que no? preguntó Luis fingiendo cólera.

—Primero me dejaré hacer mil pedazos que cabalgar sobre esa fiera.

—¿Quieres montarte en mi jamelgo? le preguntó Luis.

—Mucho menos. Parece de genio mas vivo; y dió el mal ejemplo.

—Pues continua el camino á pié, y lograrás desentumirte.

—Estoy muy molido para poder dar ni un solo paso.
 —Pues quédate aquí hasta que pase un carro, y entra en él.
 —Señor, siempre está V. por los extremos, sin reparar que hay un buen medio.
 —Dime ese buen medio; ya que has tenido la fortuna de encontrarlo á tiempo.
 —Este muletero llevará mi rocin de la brida, y yo me montaré en su mula entre las maletas.
 —No me parece mal pensado. Súbete pronto, y adelante.
 —Pues yo me opongo á tal arreglo; dijo el muletero bruscamente.
 —¿Y por qué se opone á tal arreglo? preguntó Francisco incomodado.

—Porque yo he ajustado llevar el equipaje, y no quiero añadir otra maleta.

—El muletero tiene razon, observó Luis; pero todo puede arreglarse.

—Solo hay un arreglo posible; repuso el muletero acariciando el cuello de su hermosa mula.

—¿Que consistirá regularmente en aumentar un tanto el porte?

—Usted lo ha dicho, y no quiero dejarlo feo. En pagándome treinta reales mas, estoy conforme.

—Móntate, Francisco, en la mula; dijo Luis cabalgando de nuevo.

—¿Quedamos en los treinta reales? preguntó el muletero.

—Está dicho; y si llegamos á Arechavaleta al amanecer, añadiré diez reales mas.

El muletero colocó á Francisco entre dos maletas, cogió las riendas del caballo, y dió un latigazo á su mula. Meneses se puso al lado de Francisco, queriendo proporcionarle en pago de la estrepitosa costalada una ocasion de hablar á su gusto. Francisco conoció al momento la buena intencion de su amo, y se propuso abusar de ella, empezando por decirle:

—Señorito, ¿me permite V. que le hable con entera libertad?

—Francisco, no tengo ningun inconveniente: repuso Luis, adivinando una tormenta.

—Pues, señorito, V. está loco; y loco de atar, ni mas, ni menos.

—Podrá ser, Francisco; pero creo que tengo mi juicio completo.

—No señor; V. lo cree así, porque no hay ningun loco que confiese su enfermedad.

—¿Quieres explicarme, Francisco, en qué consiste mi locura?

—Si señor, V. es un caballero andante, un D. Quijote de la Mancha.

—¿En cuyo caso tú serás mi fiel escudero Sancho Panza?

—Cabalmente. Yo, como aquel honrado labriego, soy victima de la locura de mi señor.

—¿Y qué semejanza encuentras tú entre D. Quijote y mi persona?

—¡Ahí es nada! D. Quijote dejó su casa y hacienda para ir en busca de caballerescas aventuras, y V. ha dejado las mayores comodidades para correr tras la sombra de una Dulcinea; que es lo mismo que andar á lanzadas con las aspas de los molinos de viento.

—Francisco, me parece que no has estado muy feliz en la comparacion, y que hubieras podido mejor llamarme Amadis, Medoro ó Roland; porque al fin estos caballeros iban en busca de sus amadas, y D. Quijote solo queria enderezar entuertos y desfacer agravios, para afinojarse despues á las plantas de la incomparable señora Dulcinea del Toboso.

—Yo no sé lo que quieren decir afinojarse, entuertos, y otras palabrotas que V. ha dicho; pero me parece que V. ha empezado por confesar que es un verdadero caballero andante, y que solo le he errado el nombre, debiéndolo llamar D. Amadeo ó otra cosa así.

—Querido Francisco, D. Quijote y esos caballeros de quienes he hablado poco antes, eran unos hombres de pro, honor de sus siglos, amparo de hermosas doncellas, y terror de feos malandrines, mientras que yo soy un pobre *quidam*, que á nadie amparo, á quien nadie teme; y puedes estar muy seguro de que cualquier polluelo de Madrid es capaz de llevar á cabo mis mas arriesgadas aventuras.

—Pues por lo mismo que cualquier pollo de Madrid es capaz de llevarlas á cima, debe V. renunciar á ellas, para no portarse como un pollo.

—Francisco, Francisco, se conoce que no sabes apreciarlos. Los pollos estan generalmente dotados de una intrepidez á toda prueba, y si viviera hoy Alcibíades, pasaria por pollo y nada mas.

A esta conversacion puso fin un gran tropezon de la mula, que hubiera ocasionado á Francisco una segunda caida, si no hubiera tomado la precaucion de atarse bien con una cuerda. Pasaron el resto de la noche en sabrosas pláticas, muy buenas para ser contadas por Miguel Cervantes; y al rayar el día entraron en Arechavaleta. El muletero ganó los diez reales de plus que le habia ofrecido Meneses.

CAPITULO XV.

El amigo del fondista.

Si las tinieblas de la noche, unidas á la soledad, forman de los campos un inmenso océano de sombras, mucho mas triste que el de agua, porque le falta el sordo murmullo de las olas adormecidas ó el rugido ronco y solemne de las olas desencadenadas; los primeros rayos de la aurora cambian de repente el panorama: el océano de sombras se convierte en un mar de luz, y todas las voces de la naturaleza, desde la del hombre á la del viento, van interrumpiendo sucesivamente el silencio de la soledad, y prestando vida al espacio. Los encantos inesplicables de este doble espectáculo disfrutaron desde Victoria á Arechavaleta, Meneses y sus compañeros de viaje, ó mejor dicho, lo disfrutó Meneses, porque Francisco iba muy estropeado y era poco poeta para comprender estos cambios, no menos sorprendentes por su regularidad periódica; y el muletero estaba tan acostumbrado á estas peripecias, que no le llamaban la atencion, y hasta extrañaba que hubiera quien se deleitara con ellas.

Llegados al pueblo, pararon á la puerta de una casita ni muy humilde, ni muy magnífica, comparada con las demás: el muletero llamó á su puerta, la abrieron minutos despues, y apareció un hombre, vestido al uso de los labradores del pais, á quien entregó Luis la carta que el señor Fermin le habia dado.

Abrió el hombre la carta, la leyó desde la cruz hasta la fecha, y guardándola dijo á Meneses.

—Pase V. adelante, caballero, y las personas que le acompañan.

Francisco se habia entretenido en desanudar lentamente la cuerda con que se habia atado, y con la ayuda del muletero pisó la tierra prometida, si no sano y salvo, salvo al menos, lo cual no era poco, despues de tan grave peligro. Luis descabalgó ligeramente; el muletero cogió las maletas, y todos tres siguieron al señor Ramon, este era el nombre del dueño de la casa, que los condujo á una salita con alcoba. Luego que llegaron á ella, dejó el muletero las maletas, cobró el alquiler de las cabalgaduras y una propina para beber, y se marchó, despues de ofrecerse con las menos palabras posibles.

Meneses pasó una mirada por la habitacion, vió que los muebles no eran elegantes ni cómodos, lo cual empezó á contristarle; como si pensara pasar el resto de su vida en aquel modesto alojamiento; pero se consoló algun tanto al descubrir una buena cama, que pensaba ocupar muy pronto.

—¿Es esta la mejor habitacion que tiene V. desocupada? preguntó Luis al señor Ramon.

—La mejor que tengo: contestó el arechavaletano, no muy satisfecho de la pregunta.

—Es bastante buena: dijo Luis, queriendo enmendar el daño hecho. ¿Pero tendrá V. algun cuarto mas en que se aloje mi criado, que viene bastante magullado de una gran caida?

—Si señor, tengo un cuarto en que alojarlo: repuso Ramon secamente.

—¿Y tendrá V. la bondad de llamar á un médico para que lo vea?

—Si señor.

—¡Ay señorito! exclamó Francisco, ese médico será capaz...

—De matarte ó de ponerte bueno: le interrumpió Luis con sequedad.

Hubo un momento de silencio: Luis se dirigió al señor Ramon.

—No he dormido en toda la noche y quisiera acostarme.

—Puede V. hacerlo: contestó el dueño de la casa.

—¿Tendrá V. la bondad de llamarme á las diez?

—Si señor.

—¿Cuidará V. de mi criado?

—Si señor.

—¿Tendrá V. la bondad de llevarlo á su cuarto?

—Si señor.

—Pues hágalo V., y no se olvide de llamarme á las diez en punto.

—¿Quiere V. algo mas?

—No señor.

Francisco y el señor Ramon salieron juntos; Meneses se acostó y durmió hasta que la voz de su nuevo huésped lo despertó á las diez en punto.

—¿Cómo se encuentra mi criado? preguntó al despertarse.

—Durmiendo, le respondió el señor Ramon, usando su habitual laconismo.

—¿Ha venido el médico?

—Si señor.

—¿Qué le ha mandado?

—Una sangría.

—¿Y se ha sangrado?

—Si señor.

—¿Quiere V. traerme agua caliente?

—Al momento.

El señor Ramon salió, y un momento despues se presentó de nuevo con un jarro de agua caliente.

—Almorzaré á las once; dijo Meneses.

—Está bien; repuso su huésped, y salió sin hablar mas palabra.

Luis se lavó, afeitó y vistió; invirtió en ello una hora justa. El señor Ramon le puso la mesa y sirvió un almuerzo abundante, limpio y sabroso. Meneses quedó satisfecho, y se fué en busca de Francisco, que acababa de despertar.

Francisco ocupaba una habitacion bastante pequeña, pero limpia; y sobre todo estaba acostado en una cama casi tan buena como la de su amo, Luis se sentó á su cabecera y le dijo:

—¿Has descansado?

—No señor. No tengo hueso que me quiera bien, y no salió tan molido de la manta de los arrieros el buen escudero Sancho Panza, como lo estoy yo de mi caída.

—Francisco, deja esa mania de citar *El Quijote*, y contesta con formalidad.

—Pues con formalidad contesto, que estoy tan molido como la harina que embarcan en Santander.

—Te permito esas comparaciones. Con dos dias de cama te pondrás bueno, y te levantarás mas listo.

—Bonito me levantaré! Ese picaro de médico me ha hecho una sangría de doce onzas, y me da por todo alimento agua de arroz y vinagras.

—Ese médico sabe su obligacion. La dieta está muy indicada siempre que la sangre experimenta alguna grave alteracion, y tú estás demasiado grueso. Reposa, querido Francisco, y hasta mas ver.

—¿Adónde se va V., señor, preguntó Francisco alarmado.

—Voy, Francisco, á ver si tropiezo con alguno de los amigos ó amigas que estan aqui de temporada.

—¿Y volverá V.?

—Creo que sí. A no ser que se me presente Magdalena en forma de paloma, en cuyo caso procuraré seguirla á todo vuelo, porque te juro que cada vez tengo mas empeño en alcanzarla.

Meneses se levantó antes de empezar su respuesta, y desapareció dejando á su criado en una vivísima ansiedad, pues no dudaba que Magdalena, por mortificarlo, era capaz de presentarse en forma de paloma, y su amo de tomar, por arte del diablo, la de ave de rapiña, para perseguirla en los aires.

CAPITULO XVI.

Una buena amistad.

Deseoso de adquirir noticias relativas á Magdalena, se lanzó Meneses á la calle, sin acordarse del triste papel que hace un prójimo corriendo de aqui para alli, sin saber adónde se dirige, á quién busca, ni de quién huye. Atravesaba Luis una calle, recorria otra en toda su estension, cruzaba la de mas allá, se embrollaba, como en un laberinto, y volvía al punto de partida sin haber conseguido nada; y preguntándose á media voz:

—¿En dónde diablos estarán metidos mis amigas y amigos de Madrid, que no los veo por ninguna, y tengo completa evidencia de que están aqui por docenas? Parece que se han empeñado en hacerme coger un tabardillo, y lo van á conseguir muy pronto, porque hoy quema el sol que es un prodigio. Si yo descubriera uno siquiera, este me diria los alojamientos de los demás, y yo los iria recorriendo hasta adquirir algunas nuevas. Pero á nadie veo, nadie me vé; á nadie hablo, nadie me llama; y esto se va haciendo pesado, muy pesado, sumamente pesado.

—Meneses, Meneses: gritó una muger oculta tras una cortina.

—¿Quién me llama? preguntó Luis, inclinándose hacia el paraje de donde salía la voz.

—Aqui: gritó la misma voz, y una mano bastante aristocrática le indicó la puerta de una casa poco distante y de regular apariencia. Luis no dudó que lo llamaba alguna amiga de la corte, y se adelantó resueltamente, no temiendo nada, y esperando mucho de esta inesperada invitacion.

Como no habia conocido Luis la voz de quien lo habia llamado, entró en el zaguan y se paró, esperando que le indicaran hácia dónde debia marchar. La misma voz gritó de nuevo:

—Por aqui, Meneses; por aqui: y Luis recorrió unas cuantas habitaciones bajas, que terminaban en un saloncito bastante elegante y con vistas á un frondosísimo jardin.

—Siéntese V. y espere un momento: dijo la misma voz. Meneses se dejó caer sobre un divan.

No dudaba Luis que aquella voz debia salir de la garganta de una cortesana, porque su acento era marcadamente madrileño; pero ó la persona que lo habia llamado no era amiga á quien trataba mucho, ó por una ofuscacion hija de cualquiera otra causa, habia desconocido aquel acento. Por lo demás, estaba seguro de que alguien se encarga-

ria de desvanecer la ofuscacion; el divan era sumamente blando, la habitacion sumamente fresca, y como estaba bastante cansado, esperaba sin impaciencia el desenlace de la comenzada aventura.

Pasó veinte y cinco minutos en aquel castillo encantado, sin que princesa, negro ni gigante, vinieran á pedirle cuenta de su atrevimiento, ni á servirle maduras frutas y sorbetes; pero al cabo de los veinte y cinco minutos, oyó el crujido de una falda de muselina, y poco despues la misma voz que le habia hablado dos veces antes.

—Perdone V., dijo la voz, que haya hecho esperar tanto tiempo; pero estaba casi desnuda.

Meneses levantó la cabeza, que tenia inclinada sobre el pecho; estaba pensando en Magdalena, y vió á una muger, de alta estatura y esbelto talle, vestida de blanco, que se adelantaba rápidamente. Esta muger habia sido sumamente linda y graciosa; pero á la sazón era unas ruinas medianamente conservadas; pues si no habia cumplido cuarenta y cinco años, debian faltarle pocos meses. Luis la conoció inmediatamente, pues aunque no era amiga suya, la habia visto mucho en las reuniones mas aristocráticas; se levantó con esa languidez que parece elegante á las mugeres de alta sociedad, porque es realmente voluptuosa, y la dijo saludándola.

—Estoy á los pies de V., condesa.

La condesa se dejó caer en el mismo divan que ocupaba Luis momentos antes; le indicó á este que tomara asiento á su lado, y despues de jugar con una banqueta, para mostrar un pié muy lindo y muy bien calzado, dijo á Meneses:

—Un hombre menos acostumbrado que V. á la franqueza de nuestra buena sociedad, casi estrañaria que me hubiera tomado la libertad de llamarlo ahora, no habiendo tenido antes el gusto de merecer su intimidad, y haria sobre ello un millon de castillos en el aire, ó en España, como dicen nuestros amigos y vecinos los franceses; pero V. me disimulará esta confianza, sin meterse á investigar su origen, ai apurarse por sus efectos.

—Yo empiezo, condesa, agradeciéndola la caridad cristiana que ha mostrado hácia un peregrino perdido en los desiertos de esta Palestina, proporcionándole un oasis, digna morada de una ninfa.

—Agradezco á V., amigo Meneses, su orientalismo; y debo decirle, que ha explicado perfectamente cuanto acaba de suceder. He visto á V. cruzar dos veces esta calle, como hombre que acaba de llegar, que no sabe los alojamientos de sus amigos, y que está resuelto á encontrarlos. Formado este juicio me dije: «Yo no soy amiga de Meneses, pero lo conozco bastante, y probablemente esta noche ó mañana me lo presentará algun amigo comun, porque en estos pueblos todas las personas decentes se acercan, hablan y visitan. Suprimiendo el ceremonial, adelantaré algunas horas nuestras relaciones, que serán mas intimas, si es agrado, porque le ahorro de seguro una insolacion que puede costarle la vida.» De modo que mi racioncinio se parece bastante á la historia del peregrino; quitando la ninfa, el oasis y la poesia que V. le ha puesto.

—Confieso, condesa, que estoy absorto; porque era imposible dar una explicacion mas ingeniosa, mas verdadera y mas sencilla de cuanto acaba de suceder: dijo Luis, cogiendo una rosa que habia dejado caer la condesa.

—Ya que nos hemos explicado suficientemente respecto al motivo de esta misteriosa entrevista, porque es preciso confesar que algo tiene de misteriosa; justo será que hablemos un poco de la corte. ¿Que novedades han ocurrido desde que yo la dejé? ¿A costa de quién se entretiene la maledicencia?

—Antes de responder á V., me permitirá que la dirija una pregunta. ¿Qué día salió V. de Madrid?

—El quince en la noche me despidieron algunos amigos, Meneses.

—Si yo hubiera tenido entonces la fortuna de contarme en ese número, hubiera partido su sentimiento; pero voy á contestar á V. á la pregunta que tuvo la bondad de hacerme, diciéndola que mis noticias tienen casi la misma fecha.

—¿Pues no acaba V. de llegar á Arechavaleta?

—Si señora, pero no vengo de Madrid.

—¿Pues de dónde viene V.?

—De Francia.

—¿Y desde cuándo falta de Madrid?

—Desde el diez y nueve en la noche.

—¿Y en seis dias?

—He ido á Bayona y vuelto á Vitoria.

—Amigo Meneses, tiene V. fama de hombre escéntrico, y me parece merecida.

(Continuará.)

JUAN DE ARIZA.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.